

CAPÍTULO III

EL CAFÉ EN CUETZALAN

“Aunque el pueblo florece en el día del mercado, cuando vienen los indígenas de la región a comprar y vender productos locales, el esplendor ha desaparecido desde que terminó el auge del café” (Knab 1995:28)



Imagen 2: Rama de café verde, Cuetzalan 2002.

Actualmente, el municipio de Cuetzalan cuenta con una población mayoritariamente rural, con sólo el 12.5% de las 45,010 personas residiendo en la cabecera municipal, según el censo del año 2000. El 72.48% de todos los habitantes son hablantes de Náhuat (INEGI 2000). Parte de este sector étnico de la población sigue portando la vestimenta tradicional de calzón blanco y huaraches de correa para los hombres y blusas bordadas con nahuas blancas, fajas rojas y un huipil de telar de cintura para las mujeres, prendas que elaboran ellas mismas. Las festividades religiosas siguen siendo una parte fundamental de la vida de las comunidades en donde se llevan a cabo danzas, procesiones, fiestas

patronales y mayordomías acompañadas del típico mole ranchero. La medicina tradicional también sigue siendo ampliamente practicada junto con otras pautas culturales que siguen muy arraigadas en la región, como las familias patriarcales.

Desde 1974, la densidad de población en la Sierra Norte de Puebla ha sido de las más altas del país para zonas rurales, con más de 134.7 habitantes por kilómetro cuadrado (Barrios 1991:14). Esto se debe a que la producción de café depende del trabajo familiar, por lo que la mayor

cantidad de hijos representa un mayor apoyo para la subsistencia de las unidades domésticas. Las cabezas de familia dividen su tierra entre los hijos varones, y con el paso del tiempo, esta se va fragmentando en parcelas cada vez más pequeñas. Las implicaciones son graves, ya que las unidades domésticas no llegan a cubrir las necesidades agrícolas básicas por el tamaño tan pequeño de las parcelas. En la actualidad, el promedio de propiedad de la tierra, es menor a una hectárea por familia (notas de campo 2003). En la región, hasta hace pocos años era muy común que los campesinos sembraran café en sus parcelas y rentaran pedazos de tierra para sembrar maíz. Para contrarrestar un poco esta difícil situación, existen fuertes relaciones tanto de parentesco como de compadrazgo entre las comunidades, que establecen obligaciones y expectativas mutuas y construyen redes importantes de apoyo para sobrevivir los periodos económicos críticos (Glick 2002:19). Una de estas prácticas es la mano vuelta, conocida también como tequio, que permite que se siga sembrando la milpa en las comunidades (notas de campo 2003).

El índice de alfabetismo en la región según el censo del 2000 es de 72.3%, comparado con el de 85.3% del estado (INEGI 2000), y la mayor parte de analfabetas corresponden al sexo femenino. Vemos que en la zona a pesar de los incrementos en servicios públicos como electricidad, caminos, carreteras, drenaje, etc, las condiciones de pobreza persisten en el municipio y son visibles sobre todo en las comunidades indígenas. La autonomía tradicional y la autosubsistencia fueron afectadas de manera drástica en el momento en que el café integró a la región de Cuetzalan al comercio nacional y mundial, la región pasó del aislamiento a la integración global. Sin embargo, el aromático, que fue por décadas la columna vertebral de la economía del lugar, ha dejado de sostener a la población cuetzalteca (Glick 2002:23).

Un Poco de Historia

Las primeras semillas de café que llegan a Cuetzalan, viajaron con el Sr. Jesús Flores desde Villa de Córdoba, Veracruz en 1870. Convencidos por las favorables circunstancias nacionales que aseguraban y protegían un mercado al interior del país durante el Porfiriato, varios nuevos finqueros comenzaron a seguir los pasos del Sr. Flores (Barrios 1991:38). Así es como el café se

introdujo en la Sierra Norte de Puebla, localizada entre la Sierra Madre Oriental y los declives de la Planicie Costera del Golfo de México. Este lugar de montañas escabrosas y profundas depresiones, en dónde abundan la neblina, los saltos de agua y las cascadas que caen en alturas desde los 300 hasta los 1200m sobre el nivel del mar, resultó ser un perfecto nicho para la planta de café. El clima que predomina en esta zona es semicálido húmedo, con una temperatura media anual entre los 18°C y los 24°C. Las lluvias suelen ser abundantes por la concentración de humedad que traen los vientos alisios del NE todo el año. Una diversidad de ríos complementan el paisaje hidrológico de la región, siendo las principales afluentes el Cuichat, el Tosan, el Apulco, y el Zempoala ó Tecuantepec. En este panorama se inserta el municipio y la ciudad de Cuetzalan, a una altura de 980 msnm, limitando al Norte con el Municipio de Jonotla; al Sur, con el de Tlatlauquitepec; al Este, con Ayotoxco; al Oeste, con Zoquiapan; al Noroeste, con Tenanpulco y al Sureste, con Zacapoaxtla y Nauzontla (CEHMP 1990:5-6).



Figura 3: Ubicación del municipio de Cuetzalan del Progreso en el Estado de Puebla (INEGI 2000).

La región se ha caracterizado por haber sido marginal a lo largo de su historia, debido a su difícil acceso. Esta zona fue frontera de los imperios tolteca y mexica, pero su principal importancia prehispánica fue su ocupación totonaca. Retomaré la versión histórica que reproducen la mayor

parte de los estudios llevados a cabo en la zona de Cuetzalan por autores como L. Arizpe, A. Aguilar y S. Mora, M. Barrios, M. Castillo y M. Aramoni. Los primeros asentamientos corresponden a cuevas que ocuparon grupos nómadas de otomíes (Arizpe 1972:95). En el siglo tercero los habitantes de la gran Teotihuacan iniciaron el éxodo hacia el sur. Los totonacos dirigieron su peregrinaje hacia la Sierra Norte de Puebla y las costas del Golfo de México, correspondiendo sus primeros asentamientos en la zona a los años de 381 y 481 d.C. (CEHMP 1990:12). Los primeros habitantes de la región, los grupos otomíes, fueron vencidos y reducidos a la condición de esclavos y servidores. El nuevo grupo perteneciente al Totonacapan, estableció su sede a salvo de las inundaciones de los ríos, convirtió la piedra en material de construcción y levantó las pirámides de Yohualichan, cuyo mayor esplendor se dio entre los años 600 y 900 d.C. (Arizpe 1972:96). Este grupo convirtió la piedra en material de construcción. Poco a poco esta zona fue convirtiéndose en un centro comercial, que continuó hasta el siglo XV, contando con amplios intercambios hacia las tierras de Zempoala. Como vestigio de esta época, hoy en día se han encontrado aproximadamente diez zonas arqueológicas en el municipio, y se ha excavado el sitio arqueológico de Yohualichan, cuya arquitectura tiene fuertes similitudes con el Tajín (CEHMP 1990:15). La historia de este municipio está basada en la relación geográfica que tiene con Jonotla y Tetela, por ser un corredor y ruta entre el altiplano y la costa, en el intercambio de diversos productos (Aguilar y Mora 1991:69).

Los chichimecas invadieron la zona en el siglo XII y dominaron a los totonacos. Este último grupo tuvo que huir para no ser esclavizado, retirándose a los sitios más escabrosos en donde se encontraban protegidos por los desfiladeros y cañones de los ríos. Se refugiaron al norte y oeste desafiando al enemigo en los acantilados de Jonotla e Ixtepec, y en las escarpadas rocas de Tuzamapan y Huehuetla (Arizpe 1972:97). De esta forma trazaron una línea de contención que freno la expansión de los chichimecas, forzándolos hacia el sur hasta Tlatlauqui y Zautla. Para 1468, la zona se convirtió en una nación tributaria del Imperio de la Triple Alianza (México- Texcoco-Tlacopan) como puede constatarse en el Códice Mendocino (Aguilar y Mora 1991:69). Durante este periodo le fue cambiado el nombre por el de Cuetzalan, "lugar de quetzales", debido a que estas aves abundaban en la región y eran lo más codiciado por el emperador Moctezuma

Ilhuicamina, quien a través de la recolección de tributos, se presume que la llevó al exterminio (Aguilar y Mora 1991:70). Así pues, a la llegada de los españoles, existían en la región emplazamientos de origen nahua en la parte este y sur, y totonaco en el oeste y norte, división que hasta nuestros días aún persiste (Aguilar y Mora 1991:72).

Durante la conquista española, se le dio continuidad a los arreglos tributarios, sin darse una invasión física o influencia directa del Nuevo Imperio debido a la barrera geográfica que representaban las montañas. De esta forma se creó un “área natural de refugio”, en donde los grupos étnicos pudieron conservar ciertas tradiciones y costumbres (Castillo 2000:45). Independientemente del paisaje, los españoles prefirieron asentarse en otros lugares en donde abundaban los metales preciosos, por lo que la exploración y la colonización de estas tierras no se llevó a cabo hasta la llegada de los frailes de San Francisco, que se establecieron en Tlatlauquitepec en 1531, según el investigador Barrios (1991:37). Para el año de 1552, la zona ya había sido sometida por los españoles, y tres años más tarde, catequizada por los franciscanos. Esta provincia fue dividida en 1580 cuando apareció el primer documento histórico que menciona Cuetzalan y Zacapoaxtla, al pasar a formar parte del nuevo Tlatlauqui. Sin embargo, los españoles no tuvieron éxito en establecer una parroquia con su debida congregación, sino hasta inicios del siglo XVIII (Aramoni 1990:18).

Siguiendo la investigación de Barrios (1991), a Cuetzalan se le dio el nombre de corregimiento de San Juan de los Llanos, perteneciente al antiguo distrito de Zacapoaxtla en el siglo XVII. Durante la Colonia, prevaleció el apego a la tierra y los mecanismos de autosubsistencia, con los cuales se alimentó la población, que a su vez mantuvo varias de sus costumbres ancestrales (Barrios 1991:36). Pareciera que la colonización profunda de estas tierras no tuvo lugar sino hasta 300 años después de la llegada de Cortés, y varias décadas después de la Independencia mexicana. Durante este último periodo de lucha, a pesar de que Zacapoaxtla fue uno de los últimos bastiones de los españoles, los indígenas de la zona permanecieron al margen de los movimientos armados. Muy por el contrario, durante la Guerra de Reforma y la Intervención Francesa, surgió un líder indígena, Juan Francisco Lucas que provocó una gran movilización, pero que no logró tener seguimiento (Aguilar y Mora 1991:73).

Las Leyes de Reforma que se dictaron en 1850 fueron sumamente relevantes para Cuetzalan, según informa Barrios (1991:39) municipio que permanecía casi enteramente indígena, que a su vez se había convertido en el centro comercial más importante del distrito de Zacapoaxtla. La nueva ley de desamortización de bienes del 16 de junio de 1856, promovió la adjudicación de las tierras indias comunales y la expropiación de los bienes de la Iglesia, lo cual resultó en una fuerte inmigración de mestizos en la región. Con su llegada, se introdujo el cultivo de caña de azúcar en las partes más bajas de la zona (Aguilar y Mora 1991:71). Comenzando por las tierras del sur, estos inmigrantes se fueron apoderando de las mejores propiedades, hasta llegar a asentarse en la cabecera de Cuetzalan, en dónde los *maseuales* tenían sus solares. Los despojos fueron respaldados jurídicamente, y las tierras se legalizaron en un momento político de transición de poderes y discontinuidad de gobierno debido a la Guerra de Reforma y la Intervención Francesa. Este contexto aceleró la apropiación mestiza de las tierras indias y fue empujando a los habitantes originarios hacia las afueras de los pueblos, marcando un patrón que existe hasta hoy día: los mestizos residen en la Cabecera Municipal y representan la clase pudiente, mientras la población indígena vive en las comunidades más lejanas en condiciones de pobreza (notas de campo 2003).

Al estudiar las influencias humanas que hacen que cambie el ambiente, nos adentramos en políticas estatales, bloques de comercio locales, y las relaciones sociales de producción (patrones de control sobre la tierra, trabajo, y excedente). Se vuelve absolutamente necesario el entendimiento de dicho proceso bajo un contexto histórico (Grossman 1996:18-19), como lo estamos delineando. Un enfoque histórico permite ver como los procesos se van desarrollando, la manera en se van entretejiendo, se expanden y se disipan a través del tiempo. En este sentido la historia macroscópica y los procesos de organización se vuelven elementos importantes ya que involucran relaciones de poder (Wolf 1990:590).

El proceso de invasión de tierras provocó un fuerte choque cultural, las tensiones entre el grupo de recién llegados y el grupo originario desposeído alcanzaron su clímax en 1868. El líder nahua y General de la Guerra de Reforma, Francisco Agustín Dieguillo, guió a su pueblo en contra de los intrusos en un combate que no tuvo mayor seguimiento. La resistencia indígena no fue suficientemente fuerte para frenar y prevenir la apropiación y la formación de una nueva clase

latifundista conformada por las familias de los nuevos inmigrantes (Barrios 1991:37). Eventualmente, los nuevos colonos fueron estableciéndose como ricos y poderosos jefes regionales, debido en gran parte a dos nuevos productos que introdujeron en la zona: el aguardiente de caña y el café. En primera instancia los mestizos concentrados en Cuetzalan explotaron las refinerías de aguardiente difundiendo sus influencias y estableciendo su poder. De esta forma se fue conformando una elite de caciques que extraía el excedente de producción de los pequeños productores, lo transformaba y lo vendía como un producto procesado y fuertemente demandado, el aguardiente, que posteriormente sería sustituido por el café. La producción local de caña no pudo competir con la masiva producción del estado vecino de Veracruz, y por este motivo, aunado al aumento en el control de impuestos sobre el aguardiente, pronto declinó esta industria para dar pie a la del grano aromático (Paré 1975:26).

En la década de los cincuenta el campo sufrió un cambio muy fuerte. Ya no se podía ser panelero: por un lado los precios andaban muy bajos, pues se pagaba cincuenta centavos la arroba de 11.5 kilos de panela; tampoco había mucha madera para cortar y ocupar como combustible; por otro lado el gobierno del estado autorizó un impuesto a la elaboración y venta de panela, que muchos no pudieron o no quisieron pagar; los cobradores de los predios salieron al campo a cobrar y a quienes no pagaban le quitaban algún buey, una paila o algo de valor por el impuesto, dejando casi nada al productor (Márquez 1999:12).

El nacimiento de una industria local cafetalera

Conforme iba creciendo el nuevo emporio del café, crecía también la población de la región, y su importancia regional, hasta que en 1895 la Villa de Cuetzalan del Progreso se erigió como cabecera del nuevo municipio libre. Sin embargo, como se mencionó anteriormente, el aromático no fue representativo de la economía del lugar sino hasta el declive de la industria del aguardiente. Todo comenzó con la experimentación de uno de estos empoderados pioneros, el anteriormente mencionado Jesús Flores, quien introdujo y comenzó el cultivo de esta semilla. En el año de 1895 los precios mundiales de café aumentaron notoriamente hasta llegar a cotizar un quintal de café en la equivalencia de 4 meses de sueldo de un jornalero. Esto motivó a un pequeño número de terratenientes mestizos a comenzar a cultivar el aromático con esperanzas de un fácil enriquecimiento. Sin embargo, la falta de experiencia y tecnología apropiada de este nuevo grupo

cafetalero, así como el difícil acceso a la zona, fueron factores que coincidieron con una serie de heladas en 1899, que retrasaron el desarrollo de la cafecultura local (Barrios 1991:40). Analizado desde el marco de la ecología política, que pone énfasis en la construcción social del ambiente, vemos como las grandes plantaciones de café fueron dando paso al cultivo en pequeña escala por parte de productores primarios, usualmente indígenas, quienes vendían su café a los intermediarios relativamente acomodados, que respondían a una jerarquía local que se cimentaba con las alianzas políticas de la Revolución Mexicana, consolidando así una economía mercantil, basada en un sector de subsistencia minifundista, que perdía sus ganancias al comercializar su producto a través de los coyotes ó acaparadores capitalistas (Glick 2002:37). Estos hechos demuestran como las diferencias de acceso al poder, tanto económicas como políticas, del grupo social indígena y el de los caciques mestizos, están definidas por sus características ocupacionales, de género, de clase y de edad (Grossman 1996:20).

A principios del siglo XX, arribaron a Cuetzalan dos firmas españolas comercializadoras de café que instalaron los primeros beneficios en la región, dentro de la zona urbana. Esto trajo consecuencias en el suministro de agua potable y en los canales de drenaje que no tardaron en cubrirse y contaminarse por los desechos de pulpa de café, creando los primeros problemas urbanos de impacto ambiental. Estas compañías pronto monopolizaron el comercio en el municipio, utilizando a la población originaria como compradores e intermediarios (Barrios 1991:43). Durante esta época, la producción agrícola de la región era bastante variada, incluyendo cultivos ricos en horticultura que cubrían las necesidades alimentarias de sus habitantes. La baja densidad demográfica permitía cierto grado de deforestación, lo cual no afectaba el balance ecológico del lugar (Barrios 1991:45). Una vez consolidado el cultivo de café, durante el periodo revolucionario, los productos agrícolas tradicionales se fueron desplazando; rompiendo en gran medida con la autosubsistencia y la relativa estabilidad en la región. La incorporación real de los campesinos nahuas a este proceso, incrementó la producción del grano, cuyos excedentes fueron siendo absorbidos por una economía que fortaleció a los acaparadores, y que fue haciendo más y más vulnerable a los pequeños productores que se fueron introduciendo lentamente dentro de la economía de mercado (Barrios 1991:43).

Infraestructura para el Transporte

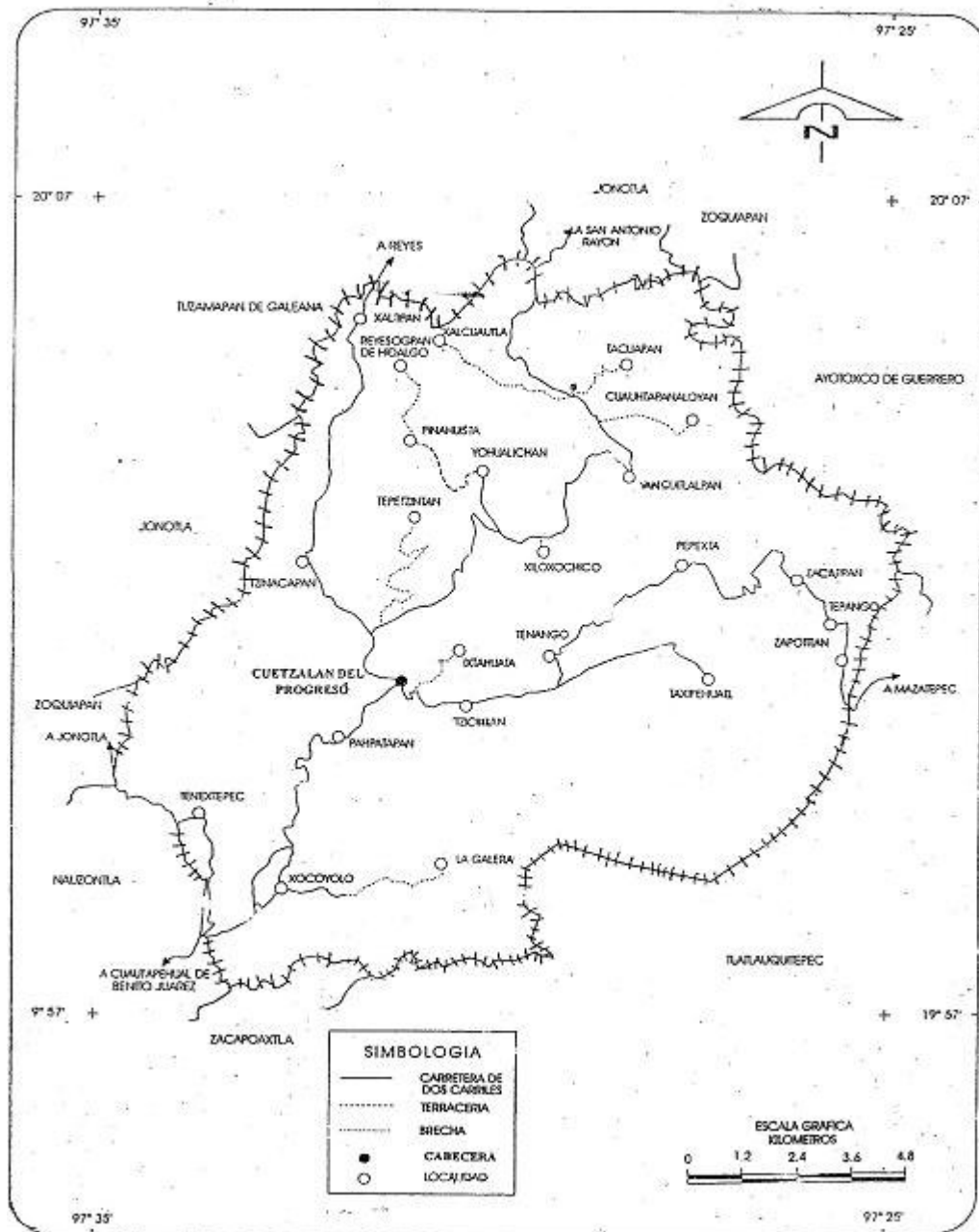


Figura 4: Municipio de Cuetzalan del Progreso, Puebla (INEGI 1996, Carta Topográfica 1:50000).

Conforme se sembró más café, se sembró menos maíz y frijol, pero nunca se abandonaron por completo. Los campesinos se vieron forzados a comprar los productos básicos de los comerciantes, que eran los mismos acaparadores de café. La dependencia del grupo subordinado dio cabida al control monopólico de la elite, que además aprovechó mecanismos de usura, disfrazados de préstamos como anticipos a cuenta de cosecha, trampas al momento de pesar los

quintales de los productores, e incluso robos a mano armada para recuperar su dinero (Barrios 1991:51). Fue así como este grupo de acaparadores se fue enriqueciendo y asegurando su poder, ya no tanto como grandes terratenientes, sino como astutos empresarios, prestadores de créditos y figuras políticas importantes (Glick 2002:71). Nolasco define esto como una relación acaparador - productor marginado y lo describe de la siguiente forma:

Naturalmente, el sistema beneficia mucho a los grandes comerciantes locales, quienes registran una elevada ganancia sobre la mercancía comprada a sus deudores campesinos, además de los réditos por el capital prestado...En la mayoría de los casos donde se desarrolla este sistema se encuentra que forma la base económica del caciquismo...(Nolasco1985:174)

En 1925 se fundó la Sociedad Cooperativa de la Sierra Norte de Puebla, que en sus inicios fue controlada por los caudillos regionales, quienes no escatimaron en explotar a los pequeños productores. Debido a las características del cultivo, los cafeticultores requerían del amparo de un protector, sobre todo en los primeros años de siembra, lo cual desencadenó el largo proceso de paternalismo que se vive hasta nuestros días. A pesar del incremento de tierras cultivadas con café, se conservaron parte de los huertos familiares que cultivaban los pequeños productores indígenas y que sustentaban su cada vez más precario régimen alimenticio. Así como se conservaron estos pequeños espacios tradicionales, se mantuvieron varias costumbres ancestrales, religiosas y simbólicas, que junto con el arraigo a la tierra y el lenguaje, han permitido la diferenciación del grupo étnico nahua como tal (Barrios 1991:52).

En 1930 la economía del municipio se centró en el café, que llegó a una producción de 23,000 quintales (Barrios 1991:65). De esta forma, el grano se consolidó como un factor de cambio social que provocó un proceso irreversible de pérdida de autosuficiencia dentro de un nuevo sistema económico en donde los campesinos tuvieron que encontrar un justo medio entre su producción comercial y la de subsistencia,

...el gran esfuerzo para aumentar su poder adquisitivo está cerca de significar el fin de su status de productor independiente y tiende así a depender de un mínimo de producción de subsistencia y desarrollar lentamente la producción comercial (Barrios 1991:52).

Los precios se comenzaron a fijar de manera arbitraria ya que el grupo minoritario dueño de los beneficios, poseía la información sobre el mercado mundial, la maquinaria para la industrialización

y la capacidad para transportarlo. Los compradores de café sabían que los productores no tenían alternativas, y manipularon los precios a su conveniencia, debido a la falta de información sobre los precios reales del mercado y el corto tiempo para vender el café cereza antes de su pudrición (Barrios 1991:52). Todo este monopolio comercial estaba respaldado por un complejo sistema de relaciones sociales de paternalismo y compadrazgo. Aparte de violencia física, los mecanismos de poder abarcaban un control ideológico contenido en la religión, las tradiciones, el parentesco y el compadrazgo. Este complejo sistema se encontraba sustentado por la condición indígena del grupo subordinado que era obligado a construir templos, parques y calzadas a través del sistema de faenas (Aguilar y Mora 1991:77). Como lo describe Paré (1975:35), “el sistema de paternalismo es una relación informal, de contrato entre personas con diferentes accesos al poder y de clase que impone una variedad de obligaciones diferentes pero recíprocas a cada parte”. De esta forma, como lo analiza Glick (2002:85), los caciques cafetaleros llegaron a influenciar las jerarquías políticas, las tradiciones locales y las relaciones sociales, por medio de canales formales e informales, moldeando y usando estos sistemas para su propio beneficio.

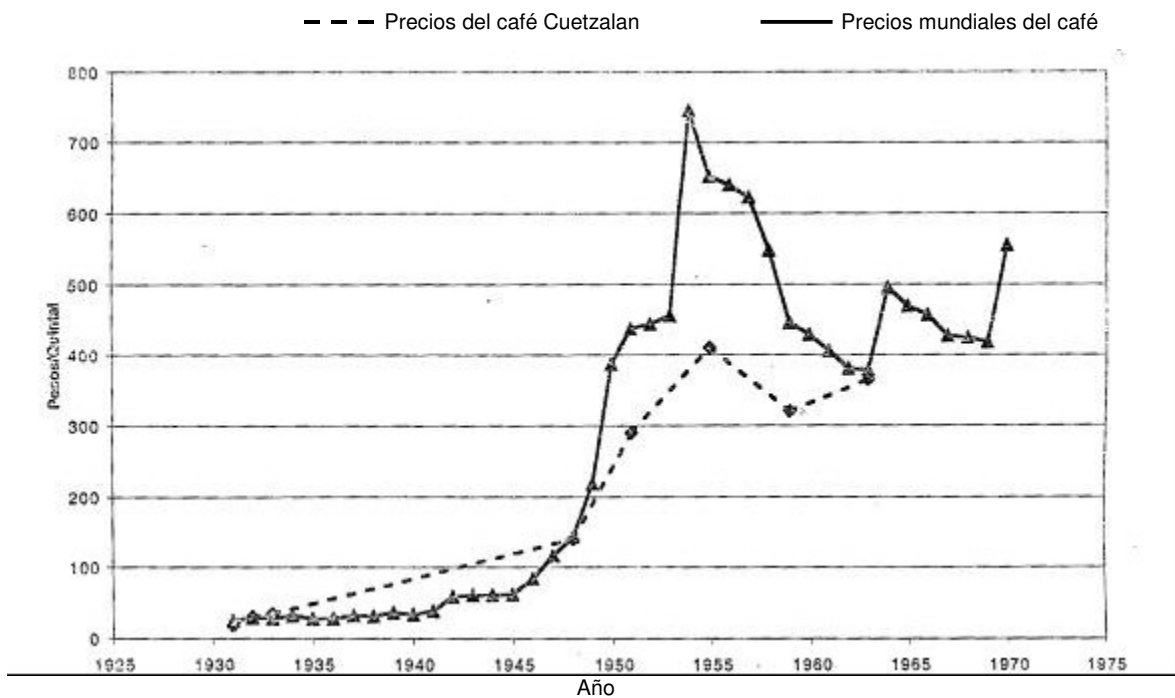


Figura 5: Comparación entre los precios mundiales y los precios en Cuetzalan para el café oro de 1925 a 1975 (Glick 2002:95)

La influencia de la Comisión Nacional del Café y el Instituto Mexicano de Café en la región de Cuetzalan

Cuando llegó la Comisión Nacional del Café (CNC) a la región de Cuetzalan en 1951, durante el gobierno de Adolfo López Mateos, la cafecultura vivía un panorama de rezago en el que se seguían practicando métodos del siglo anterior. Motivado por el auge cafetalero mundial, el gobierno federal se dio cuenta del valor del café como mercancía altamente cotizada, lo cual representaba una oportunidad para incrementar las exportaciones del país (Glick 2002:101). Presentado como un esfuerzo por integrar a las regiones marginales dentro de la economía nacional, el gobierno federal y estatal promovió la siembra del grano por toda la Sierra Madre Oriental (Glick 2002:63), esparciendo de esta forma un monocultivo que décadas más tarde resultaría insustentable económica, ecológica, y socialmente. La CNC difundió la tecnificación del cultivo y la siembra de nuevas variedades, introdujo modernos sistemas de producción, creó parcelas experimentales para enseñanza y demostración, y motivó a instituciones bancarias a extender créditos a los pequeños productores de la Sierra (Glick 2002:102). Toparse con la resistencia y la desconfianza de la población étnica, le dio una justificación a la Comisión para enfocarse y beneficiar únicamente a los productores residentes de la cabecera municipal.

Sin embargo, la incorporación de la pequeña producción al cultivo de café no fue grande porque la Comisión Nacional apoyaba a la gente de dinero, a la gente "inteligente", y para el gobierno los indígenas no tenían buena "entendedera" para el café ni tenían dinero para cultivarlo" (Márquez 1999:13).

En medio de este proceso de cambio y tecnificación, ocurrió una helada en Brasil en el año de 1953, que disparó los precios mundiales y desató una fiebre a nivel nacional con repercusiones en el ámbito local (Barrios 1991:53). El auge cafetalero comenzó a esparcir dinero y cantinas por toda la región, convirtiendo a la cafecultura en poder social, político y económico de los acaparadores. Esta aparente bonanza no era compartida más que por 5 familias que monopolizaban el comercio en Cuetzalan (Aguilar 1986:68) y se fue diluyendo, sin antes reafirmar en definitiva el monocultivo del café y una nueva generación de exportadores que residían en el municipio vecino de Zacapoaxtla. A esta población llegaron los caminos pavimentados en 1951, facilitando de esta forma la salida del grano con miras a la exportación, y concentrando el producto procesado en esta

población (Aguilar 1986:65). Hasta esos momentos, transportar el grano continuaba siendo un problema, por la falta de carretera, y esto se debía a la reticencia del grupo hegemónico de ambos municipios, que retrasaban la construcción de caminos en la Sierra para seguir controlando de manera absoluta el comercio (Barrios 1991:54). Como lo describe Aguilar (1986:20), la carretera implicaba la conexión con el exterior por donde los productos podían comenzar a escapar de sus manos, pero sobre todo, representaba el que los habitantes de la zona comenzaran a “abrir sus ojos” a las realidades de su situación.

Después de haber firmado el Convenio de México en 1957, acordando a nivel internacional un pacto con los países productores para estabilizar el precio del aromático en el mercado mundial, se fundó el Instituto Mexicano del Café (INMECAFE), que se fusionó con la CNC y BEMEX (Beneficios Mexicanos de Café). El enfoque viró hacia incrementar la productividad y la ganancia del aromático (Glick 2002:105). Con la continuidad de los programas de capacitación, la distribución gratuita de nuevas variedades de planta y productos subsidiados, la producción en la zona aumentó un 70%, pasando de 7 a 15 quintales por hectárea (Barrios 1991:56). Sin embargo, la nueva estrategia del Instituto sobre la imposición de precios garantizados no tuvo la efectividad esperada ni la credibilidad, por lo que no logró el impacto esperado en las comunidades serranas sino hasta los setentas (Aguilar 1986:99).

En 1958 el Instituto Mexicano del Café (INMECAFÉ) trató de impulsar obras públicas en la región, ya que a pesar de la bonanza cafetalera, la riqueza generada por el grano durante treinta años, no había sido transformada en desarrollo socioeconómico. El papel lucrativo, que como intermediarios jugaron los caciques, dependía de la persistencia de una población marginada (Glick 2002:92). No fue sino hasta 1962 cuando se inauguró la carretera que conectaba Zacapoaxtla con Cuetzalan, cuando este último municipio recuperó gran parte del comercio. Para estas fechas, la cultura del café estaba más que afianzada en la zona. El Instituto comenzó a intervenir con el organismo BEMEX, teniendo como consecuencia la segunda fuerte oleada de inmigrantes a la región. Este trabajo en conjunto, beneficiaba únicamente al grupo de intermediarios, según el historiador regional Marcos Barrios, y sus políticas no cambiaron hasta

1974, cuando el Instituto sufrió una reorganización interna que lanzó una nueva campaña masiva para hacer partícipes a todos los rubros del sector (Barrios 1991:56).

BEMEX arrendó o tomó en arrendamiento la máquina grande de Celestino Guerra y ahí abrió su compra, (...) pero comenzó a hacer mucha amistad con los intermediarios de Cuetzalan y así a los dos o tres años solamente les compraba café a ellos y el de los pobres era considerado de mala calidad y teníamos que caer con los coyotes de Cuetzalan, los Hermanos Flores... (Márquez 1999:13)

El incremento en la producción cafetalera nacional entre 1948 y 1954, creció en un 65%. Esto se debió sobre todo a que se incrementó el área cultivada en un 51%, mientras que la producción únicamente aumentó un 8%, reflejando la incorporación y crecimiento de los pequeños productores de subsistencia con su rústica y baja productividad, y no el aumento en las grandes plantaciones tecnificadas con mayor producción (Glick 2002:103). Debido a los cambios en la industria mundial del café, la inestabilidad de los precios, y la naturaleza misma del cultivo, los productores quedaron atrapados en un ciclo comercial de constantes altibajos, totalmente vulnerables a las circunstancias globales. En un intento por aminorar esta vulnerabilidad, el INMECAFE cambió su política y se enfocó principalmente en incrementar los niveles de producción. Tuvo un gran éxito en Cuetzalan ya que la producción pasó de 12,550 quintales en 1949 a 40,000 quintales en 1959, triplicándose en diez años (Glick 2002:104).

Durante 1975 algunos pueblos de la SNP se reorganizaron para luchar por la tierra, motivados por los alzamientos que ocurrían en Veracruz. Se propagaron las ocupaciones de tierras, las manifestaciones públicas, la autodefensa armada y la toma de camiones y cárceles. El gobierno federal respondió siendo implacable en las tomas de tierra. La represión abarcó encarcelamientos, raptos, asesinatos, incendios de casas y cosechas, etc. Los intereses de la burguesía agraria fueron salvaguardados por el estado, quien mostró mano dura para aplacar la movilización campesina en todo el país (Aguilar y Mora 1991:82-83). Para lidiar con estos problemas, las políticas gubernamentales fueron enfocadas a la creación de nuevos proyectos y programas dirigidos a las poblaciones marginadas de las zonas serranas.

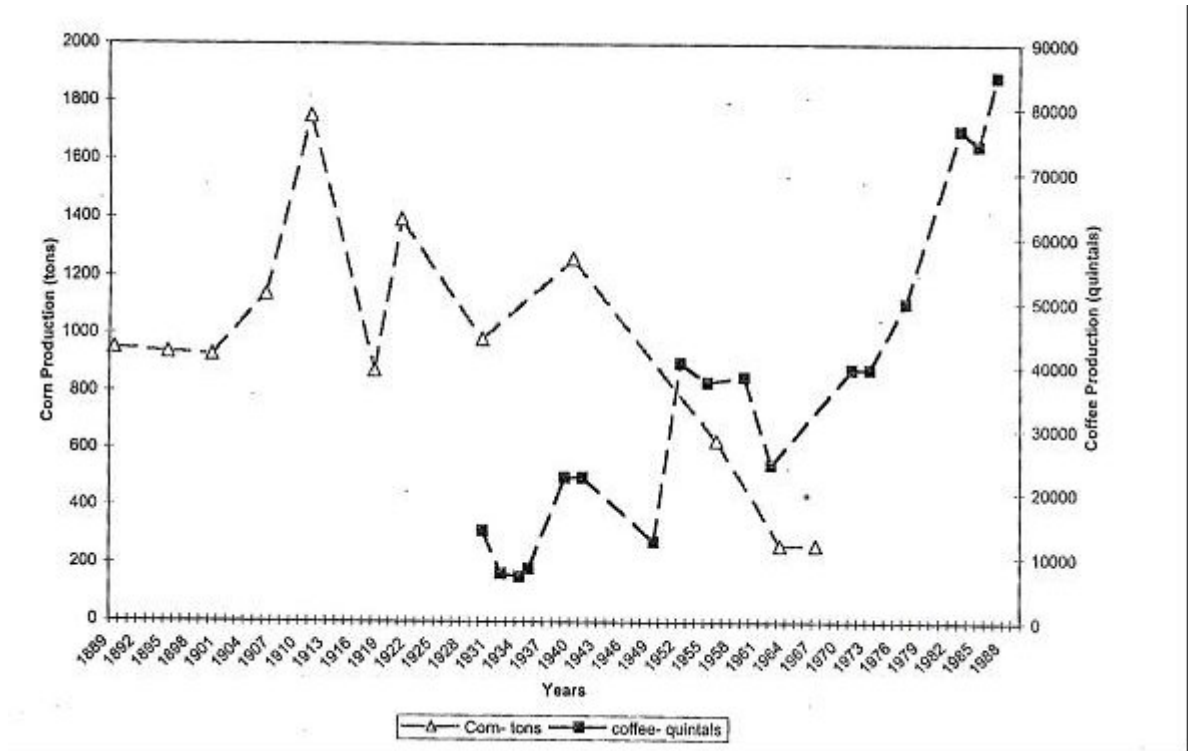


Figura 6: Producción de café y maíz en el Municipio de Cuetzalan de 1928-1988 (Glick 2002:42).

En las regiones cafetaleras, aunado a los programas del INMECAFE, se implementaron proyectos como el Programa de Inversiones Públicas para el Desarrollo Rural (PIDER) que trabajaba en siete municipios de la región desde 1974. En esta zona, la superficie de cultivo de café era de aproximadamente 5,000 hectáreas para los municipios de Cuetzalan, Zoquiapan, Xochitlán y Huitzilán, con un rendimiento promedio de 10 quintales de pergamino por ha. Esta cifra se traduce en 575kg, por lo que para la mayoría de los pequeños productores propietarios de no más de 3 hectáreas, representaba no más de 1.5 toneladas. Mientras tanto, el cultivo del maíz tenía una proporción aproximada de un 25% de la superficie cafetalera, destinado para el autoconsumo, e insuficiente para cubrir la demanda local (Aguilar y Mora 1991:53). Al expandirse la producción cafetalera a través del monocultivo y a expensas de los cultivos de subsistencia, los programas gubernamentales no tomaron en cuenta la falta de estabilidad a largo plazo en el mercado mundial de café, y de esta forma pusieron a la economía local a merced de los precios volátiles de las mercancías mundiales (Glick 2002:98).

Los programas del PIDER renovaban y rehabilitaban los cafetales con recursos del gobierno federal y estatal. Parte de las acciones consistían en la construcción de beneficios húmedos para integrar a los productores de cada zona y lograr el proceso de transformación de sus productos. Dentro de este panorama, durante la década de los 70s, se constituyó la Cooperativa Agropecuaria Regional Tosepan Titataniske, como parte de los resultados del PIDER, intentando responder de forma integral a las necesidades del sector más empobrecido de la población, luchando por obtener mejores precios para los cultivo, y eliminando a los intermediarios. Este caso será analizado a fondo en los siguientes capítulos.

...también formamos UEPC Unidad Económica de Producción y Comercialización para que pudiéramos recibir una mejor atención técnica... iniciaron a darnos anticipo de café....pero nuevamente los coyotes no conformes con este apoyo que se nos daba, comenzaron a acusar al INMECAFE con infundios, aconsejando a muchos productores de que el INMECAFE nos quitaría los terrenos si seguíamos aceptando su apoyo, así como comenzaron a meter gente para dañar a los beneficios, al café y todo cuanto de valor tenía la Institución, terminando con el sabotaje del incendio que sufrió el beneficios Chapultepec y con tanta anomalía que se presentó en todos los beneficios, el Gobierno tuvo que dar por clausurado el INMECAFE en los años 1989-90 quedando a la deriva un gran número de productores (Márquez 1999:14).

Entrada la década de los 80s, en Cuetzalan se vivió una bonanza cafetalera que alcanzó niveles máximos de precios, producción e infraestructura; existiendo inclusive una sobreoferta de maquila, por los nuevos beneficios cercanos a la cabecera municipal (Barrios 1991:70). Sin embargo, los problemas de fondo siguieron latentes, ya que la mayoría de los productores indígenas no contaban con la regularización de la tenencia de la tierra y por lo tanto no podían constituirse como asociaciones dentro del marco jurídico legal. Los programas de apoyo a la cafecultura por parte del gobierno ignoraron las necesidades de los pequeños productores quienes fueron atrapados en el ciclo del café, que resultó no ser sustentable ni económica ni ambientalmente (Glick 2002:98). El monocultivo, las altas densidades de planta, y el amplio uso de fertilizantes y pesticidas volvieron sumamente riesgosa la producción de café versus la agricultura de subsistencia no capitalista, que probó ser efectiva para asegurar la sustentabilidad y la autonomía comunitaria, a pesar de su poca producción para la economía nacional y su reducción en el consumo comercial de las áreas rurales (Glick 2002:108).

El problema para los productores se agravó en el año de 1989 cuando Salinas desmanteló el INMECAFE. Para terminar el año, el 24 de diciembre cayó una nevada que cubrió la mayor parte de los cafetales, destruyendo gran parte de los cultivos (Barrios 1991:57). Durante más de veinte años había intervenido el gobierno en la industria cafetalera, en una época de altos precios mundiales, que motivaron la voluntad de los caciques locales a sostener un auge cafetalero en Cuetzalan, hasta que se colapsó una economía que dependía de un solo producto. Debido precisamente a la dependencia en un monocultivo, la crisis se agudizó por no contar con alternativas que generaran ingresos económicos en la región (Glick 2002:105). Los árboles frutícolas de sombra y la diversidad de cultivos en los cafetales tradicionales ayudaban a que los campesinos sobrevivieran los altibajos del mercado mundial de café. Al tecnificar las parcelas, una gran cantidad de los pequeños productores podaron sus fuentes de ingreso alterno y de subsistencia.

Algunos de los valores propios de nuestro grupo indígena que se están perdiendo son la lengua materna, el mexicano, nuestra vestimenta, algunas de las creencias y sobre todo, lo que nos heredaron nuestros abuelos que es la costumbre de sembrar los productos que necesitamos para sobrevivir (notas de campo 2003).

Queda claro que la adopción del café como cultivo comercial marcó el paisaje natural y social de la zona profundamente. Por un lado, se tienen las marcas ecológicas que se vislumbran en la disminución de flora y fauna, los cambios climáticos, los suelos erosionados por los agroquímicos, y una agricultura trastornada. En términos sociales, la falta de regularización de la tierra durante la mayor parte del siglo pasado, no permitió que los pequeños productores fueran sujetos de crédito u otro tipo de ayuda al campo. A este factor se añade la fragmentación y el incremento del minifundismo regional, que se profundizaron con la barrera cultural que separa a los pequeños productores indígenas (Barrios 1991:71). A pesar de que trajeron prosperidad por un breve espacio de tiempo, los organismos gubernamentales como la CNC y el INMECAFE que lograron sus objetivos de aumentar la producción del grano y su productividad, a largo plazo resultaron desastrosos para el verdadero desarrollo de la zona. Estas agencias gubernamentales terminaron por fomentar la dependencia insana en un solo producto, llevando de la mano a la economía local por el camino de la bonanza hasta el de la quiebra. Las instituciones federales fracasaron en

cubrir las necesidades básicas de los campesinos, y su historia está plagada de corrupción y burocracia (Glick 2002:121).

..la miopía del programa expuso a los que alguna vez fueron pequeños productores tradicionales de subsistencia a nuevos y mayores riesgos. Con sus propuestas poco examinadas, sus pretensiones imperiales, su énfasis de corta visión en objetivos productivos y su pobre paradigma pseudo-científico, la política cafetalera mexicana específica de 1945 a 1970, manifestó a un menor grado los elementos más ominosos de la agricultura altamente tecnificada (Glick 2002:116, la traducción es mía).

Las relaciones entre las políticas cafetaleras de estado, la extracción del excedente, la acumulación de la riqueza en manos de los caciques locales y del INMECAFE, y los fenómenos ambientales, enmarcan la ecología política del café en Cuetzalan, influida e influyente tanto en las fuerzas locales, como en las externas. Ahora pasaremos a analizar de forma más detallada la economía política de la cafecultura mundial para contextualizar la problemática local del municipio dentro de un fenómeno de escala global.

La ruta del café y sus ciclos

“The coffee trading system...is an intricate knot of economics, politics, and sheer power- a bizarre arena trod by giants; by some of the world’s largest transnational corporations, by enormous governments, and by vast trading cartels. The trip coffee takes from the crop to your cup turns out not to be so straightforward after all, but rather a turbulent and unpredictable ride through the waves and eddies of international commodity dynamics, where the product itself becomes secondary to the wash of money and power” (Dicum and Luttinger 1999:xi).

Para contextualizar un poco la situación de café antes de adentrarnos de lleno en su historia mundial veamos como son sus ciclos. Por cada taza de café que se vende en las cafeterías, el productor recibe el 1% o menos del precio que fija la Bolsa, y apenas recibe el 6% de las ganancias del café que se vende en los supermercados. Esto obviamente implica que no están recibiendo el potencial del valor añadido sino que este se exporta junto con el grano. No es de sorprenderse que en los países productores casi no se procese ni se empaque el café, como lo ilustran las cifras del período 2000-2001: el 94% de todo el café exportado fue en grano verde. En este caso, el problema son los altos costos de las plantas procesadoras de café y el transporte hacia los países consumidores. Esto se liga a que las organizaciones cafetaleras paraestatales, que actuaban como monopolios en la compra de café, han sido gradualmente desmanteladas o

privatizadas. A su vez, se han eliminado restricciones sobre inversiones, propiedades, comercialización y exportación extranjera, poniendo en mayor desventaja a los productores nacionales. Justo cuando los productores se han encontrado más vulnerables ante las fluctuaciones del mercado, se han recortado los subsidios y las fuentes alternas de ayuda, llevando a un resultado de café de muy mala calidad que no tiene poder en el precio. La escasa información, formación y ayuda en cuanto a conocimientos técnicos que tienen los productores, afectan la calidad y por ende reducen el precio que reciben. Las deudas se acumulan y se vuelve más difícil el acceso a nuevos créditos. Se vuelve un ciclo vicioso que deja a los productores expuestos en los meses que no tienen ingreso, antes de la venta de su cosecha.

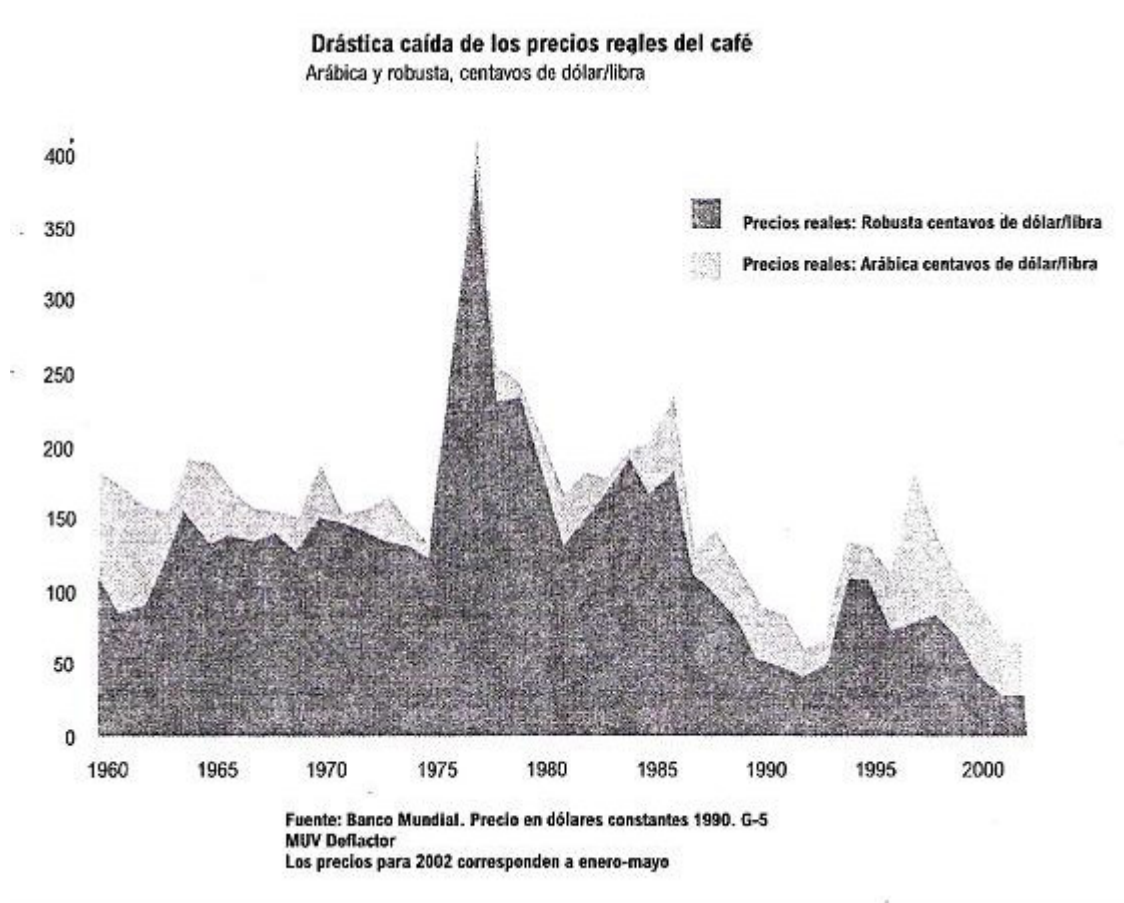


Figura 7: Precios reales del café arábica y robusta de 1960-2000 (Gresser y Tickell 2002:9)

El bajo precio del café hace que algunas de las personas más pobres y con menos poder en el mundo, tengan que negociar en un mercado libre con algunas de las más ricas y poderosas. El resultado, nada sorprendente, es que los ricos son cada vez más ricos, y los pobres más pobres (Gresser y Tickell 2002:3).

En 1997 comenzó el declive en los precios. En el ciclo cafetalero 2001-2002 se llegó a los niveles históricos de precios más bajos: en la Bolsa de Valores de Nueva York a 42 dólares las 100 libras mientras que en Londres hasta 18 dólares las 100 libras (Pérezgrovas y Celis 2002:9). El dinero que los agricultores ganan hoy en día por su café, sólo les permite comprar una cuarta parte de lo que podían comprar hace cuarenta años, esto quiere decir que estamos presenciando el precio real más bajo que se haya pagado a los campesinos por su café en los últimos 100 años (Gresser y Tickell 2002:9).

Las compañías transnacionales, a pesar de que pueden llegar a ofrecer café muy barato a los consumidores, suelen sacrificar calidad por cantidad, ya que sus campañas están enfocadas en el precio y en la consistencia. Esto ha permitido que se cree un espacio ideal para una nueva industria estadounidense de café especializado que pone un énfasis en el origen, la calidad, el proceso, y los métodos de cultivo como cualidades importantes del café. Se encargan de ofrecer al cliente diferentes opciones en el tostado y el molido, y tratan de que la experiencia sea más personal y placentera. Este sector ha crecido rápidamente y en la actualidad representa el 40% del valor de las ventas en el mercado de café en EE.UU. (Dicum y Luttinger 1999:148). Es dentro de esta tendencia en dónde entra el café orgánico producido por la minoría de productores asociados para comercializar su café, que buscan opciones para mejorar sus cultivos en todos los procesos, desde el productivo hasta el de la comercialización, en mercados especiales que les paguen mejor precio.

La situación del café desde hace dos años se ha tornado explosiva, el precio internacional ha tocado el fondo más bajo de los últimos 30 años, y en el corto plazo no parece haber expectativas, ya que miles de pequeños productores están sufriendo hambre y desesperación. Hoy en día, los países productores y exportadores reciben menos del 10% de las ganancias del café en el mercado, cuando hace diez años recibían una tercera parte. En los últimos cinco años, se han perdido \$4,000 millones de dólares en el valor de las exportaciones de café (Gresser y Tickell 2002:2). La gente está abandonando sus parcelas para migrar a las ciudades dentro y fuera del país, las escuelas presentan altas bajas, y la tendencia de sembrar droga es cada día mayor. Esta

crisis social y económica va encaminada hacia una crisis ambiental por el papel tan importante que juegan los cafetales en los ecosistemas forestales (Hernández 2002b:6).

Los cafetos de México, Centroamérica y el Caribe están llenos de frutos que no encuentran manos para ser cosechados. Cubriendo los suelos de las serranías han aparecido rojos tapetes hechos con semillas de café que no fueron pizcadas a tiempo. Es una riqueza que se pierde porque el grano no tiene precio. (Hernández 2002b:5)

Para resolver la crisis global cafetalera, se requieren de acciones a nivel internacional que apoyen las acciones que realizan las organizaciones de productores. Analizaremos con detalle las propuestas que han venido surgiendo por parte de las organizaciones cafetaleras mexicanas, que proponen diversas alternativas que al parecer están siendo viables en las esferas económicas y políticas, y lentamente en las culturales. Una gran parte de estas propuestas la constituye el movimiento de café orgánico y comercio justo que será retomado en los siguientes capítulos.